

Transformaciones recientes y repercusiones en los espacios metropolitanos

José ESTÉBANEZ
Universidad Complutense de Madrid

El objetivo primordial de este artículo es destacar la importancia del espacio urbano y poner de relieve que su papel no ha disminuido en el momento actual de acumulación flexible o postfordista coincidente con el inicio de una revolución científico técnica (Hall, Preston, 1990).

Un segundo objetivo es analizar las principales transformaciones que se están produciendo desde la década de los años ochenta en los espacios metropolitanos más dinámicos económicamente y pertenecientes principalmente a los países del Centro.

1. CONSIDERACIONES PREVIAS

Antes de abordar el tema central del trabajo quiero señalar la existencia de barreras que dificultan, según mi opinión, la comprensión de los procesos e impactos que operan en nuestros días. Entre las barreras que más obstaculizan están:

a) *El sesgo antiurbano*

En la mayoría de las sociedades urbanizadas, la sociedad rural ha sufrido un proceso de colonización cultural en el sentido de que los urbanícolas de

clase media y alta han forjado imágenes irreales del modo de vida rural. Estas imágenes impregnan no solamente el discurso profano, sino también el marco conceptual de las ciencias sociales así como las doctrinas de la ordenación del territorio y del planeamiento urbano. Son, naturalmente, imágenes irreales, apoyadas en el mito de la Arcadia. Se nos presenta el medio rural como algo estático y como receptáculo de las esencias de los pueblos. Esta visión trata de ocultar bajo una iconografía de ninfas y pastorcillos el carácter de explotación y de carencias en las que vive la mayor parte de la población en el ámbito rural. Al mismo tiempo se sataniza a la gran ciudad y se le culpabiliza de todas las lacras socioeconómicas y políticas del país. La obsesión de buena parte de los planes urbanos es frenar su crecimiento y ruralizar la ciudad (*rus in urbe*) tratando de reproducir en el tejido urbano unas supuestas comunidades rurales en las que la vida transcurre en armonía y alejadas de los conflictos de la ciudad (Mumford, 1961).

Esta ideología aparece de forma patente en las llamadas teorías de contraste, así como en la mayor parte de la producción científica de la llamada escuela ecológica de Chicago, y con ligeras variantes, está presente en la ecología factorial en su intento de analizar los espacios sociales urbanos. Un buen estudio del arraigo del sesgo antiurbano y de sus repercusiones aparece en el libro de los hermanos White *El intelectual contra la ciudad* (1962).

b) *Devaluación de la dimensión espacial*

Además del sesgo antiurbano, en las ciencias sociales estuvo presente una posición claramente devaluadora del espacio, especialmente en la versión neopositivista y también en las corrientes críticas al reducir simplemente el espacio a reflejo de la organización social o al de un simple producto social determinado por las actividades productivas. En el ámbito de la Geografía, ciencia espacial por excelencia, el olvido del espacio constituye un hecho dramático, ya que como recuerda Milton Santos, la Geografía se convirtió en una ciencia «viuda de espacio». Muy recientemente el economista O'Brien (1992), remedando al controvertido Fukuyama, publicó un ensayo en el que habla del fin de la Geografía.

Desde la década de los años ochenta existe un redescubrimiento del espacio por parte de sociólogos, politólogos y economistas. Sin embargo, en el seno de la geografía estadounidense y europea, nuestra disciplina se muestra cada vez más como una ciencia sin núcleo. Es decir, el espacio o la región ha dejado de ser el denominador común de los geógrafos y los diferentes especialistas se adentran en el campo de las ciencias afines sin compartir ningún espacio en común con otros especialistas geógrafos. Sólo se aprecia como elemento aglutinador de los geógrafos los instrumentos y las técnicas de aná-

lisis (Sistemas de Información Geográfica, Teledetección, etc.). De este modo, hemos renunciado a la esencia misma de la Geografía en beneficio de los saberes instrumentales.

2. ESQUEMA INTERPRETATIVO PARA EL ESTUDIO DEL ESPACIO URBANO

a) *El debate teórico actual*

Aunque en el momento presente ningún paradigma está del todo enterrado en el campo de la geografía urbana, parece cierto que la corriente dominante desde la década de los años ochenta es contraria al modelo de equilibrio o a la teoría desarrollada por la economía política que postula el carácter inexorable de los procesos globales. Las grandes teorías no han sido capaces de dar respuestas razonables a la variación de las ciudades afectadas por un mismo conjunto de fuerzas globales. Estas respuestas diferenciadas se piensa que han de estar ligadas a circunstancias específicas de carácter histórico y cultural de cada ciudad y también a la acción humana deliberada, que nos recuerda que son las personas y no sólo la sociedad o la economía los actores que originan los acontecimientos, y que éstos, al seleccionar opciones, demuestran que son posibles llegar a resultados diferentes. ¿Hasta qué punto los actores humanos están constreñidos por los procesos globales? ¿De qué modo las élites locales o los grupos de personas corrientes son capaces de prevalecer o modificar las fuerzas globales?

En la primera mitad del siglo xx el pensamiento ecológico se inclinó por un determinismo de la forma urbana sobre el comportamiento urbano (Wirth, 1938), y a pesar de las numerosas excepciones que aportaron los trabajos empíricos (Gans, 1962, 1982), este enfoque fue dominante hasta la década de los años setenta, en que se produce una crítica radical que invoca la necesidad de ampliar el estudio de la ciudad a nivel regional o mundial y especialmente contextualizar los estudios urbanos dentro del capitalismo internacional (Castells, 1972).

La década de los años ochenta y la actual genera una explosión de trabajos empíricos sobre ciudades, constatando que los niveles globales de análisis no permiten comprender las situaciones particulares de cada ciudad. Es decir, a una etapa dominada por generalizaciones teóricas (teorías de equilibrio, economía política, marxismo estructural) en donde se considera que las fuerzas lejanas y ocultas determinan los resultados locales, sucede una corriente apoyada en monografías sobre localidades en donde se prescinde de generalizaciones. Se señala cómo ciudades sometidas a los mismos factores globales se desarrollan de un modo diferente, lo que hace pensar que son factores locales los causantes de estos cambios. Este movimiento dentro de la

geografía y de la sociología urbanas hacia el localismo y el empirismo es consistente con el impulso postmoderno hacia lo «único» (Flanagan, 1993).

Se acepta que el contexto global, el mercado internacional, es la unidad última de análisis. Este sistema es la estructura remota y poderosa que proporciona a las localidades, élites, coaliciones de ciudadanos y personas corrientes el marco de actuación (Castells, 1983; Flanagan, 1993). Como señala Gottdiener (1985), no sólo es preciso considerar los efectos de la división internacional del trabajo o de las multinacionales, sino que también conviene incorporar la acción de los grupos locales en cooperación y conflicto, ya que los espacios urbanos construidos o reconstruidos no son sólo «meras manifestaciones de fuerzas sociales a niveles profundos», sino que son «producciones sociales que deben una parte de su forma y uso a la mediación de intereses locales y gustos y objetivos particulares (Gottdiener, 1985, pp. 98-99). Existe, pues, una tendencia de compromiso entre las concepciones generalistas y las localistas, destacando en este esfuerzo de síntesis A. Giddens (1981, 1984, 1985 y 1990), aunque su concepción de estructura cuestiona seriamente la síntesis. Lo mismo ocurre con el movimiento localista cuando intenta utilizar principios antitéticos de las dos tendencias.

Por todo ello, consideramos que la tendencia más fuerte está en aceptar que el medio urbano es, ante todo, una manifestación física del sistema capitalista internacional. Este hecho lo admiten tanto los defensores acérrimos de los estudios locales, puesto que reconocen que el objetivo está en describir la capacidad que tienen las variables locales para domesticar y modificar los factores socioeconómicos y políticos que son externos y alejados de la ciudad objeto de estudio (Santos, 1994).

En el esquema que proponemos y desarrollamos en el apartado siguiente se incorpora un punto de vista ecléctico que trata de establecer puentes entre las teorías globales abstractas y de escaso poder explicativo de los hechos concretos y los estudios locales que tantas veces incurren en el «excepcionalismo». Consideramos, pues, que los estudios locales pueden revelar las formas en que los agentes públicos y privados (élites o personas corrientes) modifican los procesos exteriores procedentes del capitalismo internacional, ya que las fuerzas globales se combinan con elementos culturales e históricos locales, aunque la tendencia de las fuerzas globales es a convertir el espacio de lugares en un espacio de flujos (Castells, 1989) a través de la creciente artificialización del medio ambiente, generando cada vez más un medio técnico-científico informacional (Santos, 1994). Es decir, todo se dispone para que los flujos hegemónicos circulen libremente, destruyendo y subordinando los restantes flujos (Santos, 1994).

b) *Esquema interpretativo*

Para explicar la morfología y la estructura urbana de una ciudad tomamos como base la concepción del espacio y su configuración en «lugar» a través

de la convergencia en diferentes momentos de procesos económicos, sociales, políticos y culturales. De un modo general, puede decirse que la tecnología, entendida como un conjunto de instrumentos, materias primas, fuentes de energía y formas de producción y de organización que posee una formación social para obtener su sustento sobre un territorio determinado, depende de una organización social que puede alterarse también bajo el impacto del sistema tecnológico.

El grado de dependencia entre la organización social y el sistema tecnológico varía en el tiempo y en el espacio, aunque puede decirse que hasta la revolución industrial la organización social controlaba básicamente su propia tecnología, pero a partir de esta revolución, la racionalidad tecnológica se va imponiendo, de tal forma que cae cada vez más fuera del control de los habitantes de una determinada ciudad o región, puesto que son las empresas transnacionales las que imponen su propia lógica global sobre los intereses locales e incluso nacionales. Así se genera un espacio de flujos cuyo control cae fuera de los habitantes de las regiones o ciudades.

El sistema tecnológico, la organización social, definen esencialmente un modo de producción hegemónico que tiende a imponerse social y espacialmente. La ciudad, al ser un componente esencial de cualquier modelo territorial, cae en esta forma de actuación. Ahora bien, el modo de producción hegemónico no opera en un vacío social, sino que convive o entra en conflicto con otros modos de producción (por ejemplo, el modo de producción fordista convive actualmente en los países desarrollados con el de producción flexible), aunque intente imponerse. De esta forma, los modos de producción hegemónico y marginal cuentan con sistemas tecnológicos y de organización social propios que requieren modelos de uso del espacio específicos, lo que origina conflictos socioespaciales. El modo de producción hegemónico requiere un modelo de ciudad nuevo que puede chocar con las estructuras sociales y con las formas y usos del espacio que obedecían a la lógica del modo de producción anterior. Es decir, el lugar configurado por el modo de producción anterior constituye las «rugosidades» que ha de eliminar o transformar el modo de producción nuevo para configurar un nuevo lugar (ciudad) acorde con sus propios objetivos.

Por consiguiente, sobre el espacio heredado se intenta eliminar, modificar, alterar o crear un nuevo espacio acorde con la lógica de la nueva organización social y de las exigencias del nuevo sistema tecnológico. Ello explica que sobre la ciudad preindustrial en el proceso de industrialización se haya procedido a derribar, remodelar, rehabilitar o crear nuevos espacios con objeto de hacer compatible el lugar heredado y convertirlo en un nuevo lugar acorde con las exigencias del modo de producción industrial. Así se comprende la existencia, especialmente desde el siglo XIX, de un espacio «normado» de acuerdo con los objetivos socioeconómicos dominantes, sincrónico al deterioro de los barrios históricos, populares y al desarrollo «espontáneo», fuera de norma, de espacios marginales (parcelaciones y chabolismo).

El escaso impacto de la revolución industrial en las ciudades españolas, explica la absorción de la mayor parte del crecimiento de las mismas en sus recintos amurallados a través de procesos de macización de espacios vacíos intramuros y de la verticalización del espacio edificado. Es decir, la mayor parte de las ciudades españolas hasta la llegada de la industrialización a gran escala después de la liberalización de la economía (Plan de Estabilización Económica de 1959), crecen por *implosión*. De tal modo que la ciudad preindustrial en España constituye el gran sintetizador de la evolución socioeconómica hasta la década de los años cincuenta.

Por otra parte, en el espacio heredado pueden aparecer zonas que dadas sus características no ofrecen expectativas de obtención de beneficios inmediatos, y en este caso, estos espacios se marginan eventualmente, pudiendo revalorizarse más tarde, en el momento propicio, ya que poseen valor de centralidad. Es el caso de la rehabilitación en el momento presente, operando sobre barrios muy deteriorados social y físicamente y fue el comportamiento hacia los cascos antiguos en buena parte de las ciudades españolas hasta muy avanzado el siglo xx.

En la figura 1 se presentan los procesos esenciales que hemos descrito y permiten, según mi opinión, explicar la evolución morfológica y estructural de las ciudades españolas. Puede apreciarse cómo el sistema tecnológico y la organización social definen modos de producción hegemónicos y marginales que operan sobre una ciudad heredada. Este espacio urbano conoce los procesos de remodelación, renovación, construcción y marginación para conformar en la medida de lo posible, un espacio más acorde con las exigencias del modo de producción hegemónico. Naturalmente, el objetivo no se logra plenamente, ya que los procesos están mediatizados por la actuación de los agentes locales productores de espacio y además son dinámicos, es decir, las transformaciones tecnológicas y sociales se alteran continuamente, de tal modo que una forma o estructura urbanas adecuada por un tiempo determinado, no se ajusta del mismo modo en un período de tiempo posterior.

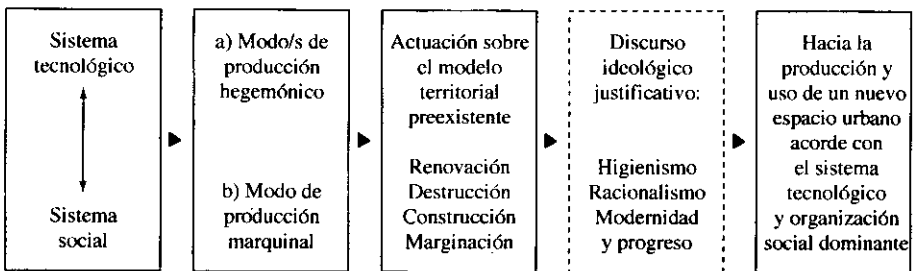


Figura 1.

3. PRINCIPALES TRANSFORMACIONES

a) *Un nuevo espacio de producción*

La economía global, ligada a las nuevas tecnologías, interactúa con la estructura espacial, de ahí su importancia geográfica en dos ámbitos:

La nueva lógica de producción informacional crea un nuevo espacio de producción que modela la estructura regional y la dinámica de cada ciudad, según la importancia funcional y sus características sociales, económicas e institucionales.

El impacto directo de las nuevas tecnologías (especialmente las de la comunicación) en las formas de trabajar y vivir, modifican también la forma urbana y el conjunto del modelo territorial.

El impacto más directo de la alta tecnología sobre la estructura espacial se refiere a la aparición de un nuevo espacio de producción como resultado de dos procesos fundamentales:

- Por un lado, las actividades de alta tecnología se convierten en el motor del nuevo desarrollo económico y juegan un papel principal en el auge y declive de regiones y áreas metropolitanas, de acuerdo con su grado de adecuación a las exigencias de la producción de alta tecnología.
- La introducción de nuevas tecnología en todas las clases de actividades económicas permite la transformación de su comportamiento locacional, superando la restricción de la contigüidad espacial.

De acuerdo con los estudios de Castells (1989), Saxenian (1984), Walker y Storper (1984), puede proponerse un modelo espacial de producción de alta tecnología. Este modelo requiere la combinación de cinco características:

- Al apoyarse estas industrias de alta tecnología en el empleo intensivo del conocimiento científico, necesita una gran conexión con centros de excelencia de investigación: Universidades o Institutos, así como una abundancia de personal técnico y científico.
- Dada la dependencia de los mercados gubernamentales en armamento y programas espaciales, al menos en los sesenta, las actividades de alta tecnología tienden a agruparse en áreas próximas a emplazamientos estratégicos del ejército. De hecho existe una alta correlación entre gastos de defensa y localización de industrias de alta tecnología.
- Las empresas de altas tecnologías se caracterizan por un sentimiento hostil a la sindicación de su personal. Y no siempre por razones reivindicativas de carácter salarial, sino por el temor a la burocratización y lentitud en una industria que exige constante flexibilidad e innova-

ción. Por consiguiente, regiones con fuerte tradición sindical no atraen industrias de alta tecnología aun siendo semejantes los restantes requisitos locacionales.

- El riesgo y el futuro de las inversiones en este campo exige disponer de capital de riesgo en la región, lo cual es función de la riqueza y de la cultura empresarial orientada a mercados menos tradicionales.
- Los procesos de producción de alta tecnología en general, y en microelectrónica en particular, son discretos, y pueden separarse en el tiempo y en el espacio (investigación, diseño, fabricación y montaje). Dada las exigencias de cada función, especialmente de mano de obra, se sigue que ello comporta una división jerarquizada del trabajo en el espacio y la necesidad de que todas las actividades se localicen en una buena posición dentro de la red de comunicaciones.

En el momento actual se observa que el espacio de flujos está sustituyendo al espacio de lugares. Por consiguiente, una jerarquía de funciones y posiciones de poder estructuran el espacio de los Estados Unidos y del mundo, separando funciones y unidades de producción, distribución y dirección, para localizar cada una de ellas en la región más favorable, articulando todas las actividades en una red de comunicaciones. Y así vivimos cada vez más un espacio de geometría variable donde el significado del lugar escapa a su historia, cultura o instituciones, para verse constantemente redefinido por una red abstracta de estrategias de información y decisiones ajenas a los lugares. El nuevo espacio de producción y dirección no es el resultado de nuevas tecnología de comunicación, sino que éste es el medio de que se sirve un determinado sistema de organización social.

En este espacio de flujos juega un papel esencial los grandes empresas transnacionales; no hay que olvidar que las 500 mayores empresas son responsables de la tercera parte de la producción mundial y las 200 mayores de la cuarta parte. La producción y el volumen de negocios de la General Motors sólo es superado por el PIB de quince países. Su importancia no ha de evaluarse solamente en términos cuantitativos, sino también cualitativamente, puesto que estas empresas penetran las actividades clave de la economías de algunos países.

b) *Impactos en la esfera del trabajo y en la estructura ocupacional*

Las nuevas tecnologías hacen posible el teletrabajo en las actividades de oficina. Se estima que en los Estados Unidos ocupa este tipo de trabajo a casi el 20 por 100 de la población activa, aunque de hecho se limita básicamente a profesionales que tienen sus estudios en sus lugares de residencia. No cabe duda de que la tecnología de los ordenadores y el cableado telefónico de fi-

bra óptica con transmisión digital permite una gran expansión del teletrabajo, pero su desarrollo depende sobre todo de las relaciones entre el capital/trabajo y no sólo de las posibilidades que brindan las nuevas tecnologías. En el momento presente se produce una fuerte concentración del terciario superior y de las actividades financieras en los espacios centrales de los entornos metropolitanos y una descentralización hacia las periferias metropolitanas de las actividades terciarias de menor cualificación. Las fuertes inversiones realizadas en los espacios centrales de algunas ciudades y razones de tipo social ponen en entredicho las predicciones de los futurólogos basadas en un determinismo tecnológico.

Es notorio el fuerte deterioro de los salarios y de las condiciones laborales experimentado a lo largo de la década de los años ochenta, sincrónico a la crisis del modelo fordista. La nueva estrategia de algunos países centrales de abaratar los costos de producción a expensas de los salarios está produciendo un retroceso de las mejoras logradas por la fuerza de trabajo en la década de los años cincuenta y sesenta, una fragmentación de la mano de obra y un fuerte declive del poder sindical. La automatización del trabajo de las fábricas y oficinas elimina puestos de trabajo, especialmente en las ramas maduras del sector fabril con fuerte tradición sindical. En el caso de Madrid es de destacar la fuerte disminución de los asalariados cualificados fijos, que pasan de representar el 50,5 por 100 de la población ocupada en 1975 a un 36 por 100 en 1986, lo que supone la destrucción de 189.205 empleos, fundamentalmente industriales, en el período considerado.

La amenaza de sustituir obreros por máquinas genera una fuerte presión sobre la clase trabajadora, que se ve obligada a aceptar las condiciones cada vez más precarias de empleo; al mismo tiempo la fuerza de trabajo, debido a las innovaciones tecnológicas, elevan fuertemente la productividad con fuertes descensos en la mano de obra empleada. Así, por ejemplo, la Peugeot-Talbot instalada en la periferia de Madrid, produce el doble número de automóviles que en el año 1982 con la mitad de la plantilla de trabajadores. Por otra parte, la descentralización productiva y la naturaleza de muchas actividades del sector de los servicios divide al máximo a la fuerza de trabajo, lo que se manifiesta en el declive sindical, y así la afiliación media en los países de la OCDE pasó del 37 por 100 al 28 por 100 entre 1975 y 1988. Las características de la economía global y el impacto de las nuevas tecnologías originaron un mercado de trabajo bifurcado, en el que aparecen por una parte un sector minoritario, pero relativamente grande (hasta de un 30 por 100) con alto nivel de cualificación y bien remunerado, ocupado en las industrias de alto grado tecnológico o en las actividades vinculadas con el terciario productivo. Por otra parte, aparece un alto porcentaje de trabajadores industriales y de los servicios de escasa cualificación y bajo nivel salarial.

La destrucción masiva de puestos de trabajo en actividades industriales fordistas que daban lugar a una masa de asalariados relativamente bien remun-

nerados y con un buen nivel de prestaciones sociales (aristocracia obrera), no se vio compensada con la creación de nuevos puestos de trabajo en las actividades dinámicas y además la mayoría de los puestos creados en los servicios y en la industria están mal remunerados y son poco seguros. La OIT señala que de 1980 a 1990 más del 50 por 100 de las contrataciones fueron temporales en Alemania, España, Francia, Luxemburgo y Holanda. Asimismo se incrementó el número de pobres de la Comunidad Europea (personas que perciben menos de la mitad de los ingresos medios del país), pasando del 13 por 100 al 20 por 100 en el mismo período de tiempo considerado. De forma muy ligada al sector formal de la economía, aparecen las actividades informales, como son los *sweatshops*, que ocupan a mano de obra inmigrante, sin olvidar las actividades ligadas a la delincuencia (droga, prostitución), que generan pingües beneficios. Asimismo se produce un incremento de las infraclases constituidas por ancianos con bajas pensiones, minorías étnicas y desclasados (sin techo).

Este desarrollo polarizado crea esferas sociales diferenciadas, aunque estrechamente vinculadas dentro de un mismo sistema funcional. Aparecen de este modo megaciudades dualizadas que segregan internamente actividades, grupos sociales y culturales, al mismo tiempo que el uso de las nuevas tecnologías permite recomponer estos fragmentos produciendo una interdependencia funcional. Son estas grandes ciudades, llamadas por algunos *ciudades globales*, las que a nivel mundial atraen población, capitales, talentos, información, bienes y energía. De este modo, como señala Castells (1989), ya no estamos en la crisis metropolitana, sino que asistimos a una especie de esquizofrenia urbana, o dicho de otro modo, a la existencia contradictoria de diferentes lógicas sociales, culturales y económicas dentro de una misma estructura espacio-funcional.

Un último aspecto que influye en la organización del trabajo está ligado al cambio de la naturaleza de la intervención del Estado en la economía y que de un modo sintético podemos describir como el paso del *welfarestate* al *warfarestate*. No ha variado el nivel de intervención, pero sí la naturaleza de la misma con una tendencia a la militarización de la economía con repercusiones espaciales manifiestas que acentúan las desigualdades regionales y entre el centro y la periferia de las ciudades metropolitanas, especialmente en los Estados Unidos.

c) *Influencia en los modos de vida*

Una de las consecuencias más importantes de las nuevas tecnologías de la comunicación en la vida urbana es la llamada *home information revolution*. Los hogares se convierten en centros autosuficientes de entretenimiento en detrimento del consumo de ocio colectivo. A título de ejemplo podemos de-

cir que en España entre 1985-1990 se multiplicó por tres el tiempo de emisión de los canales de televisión, al mismo tiempo que se produjo el cierre de seis de cada 10 salas de cine y las personas dedican por término medio tres horas y cuarto diarias a la televisión. Más de la mitad de los hogares españoles poseen vídeo y la inversión publicitaria se multiplicó por 10 en radio y televisión. A ello hay que añadir que el 13 por 100 de los hogares disponen de una computadora personal (De Miguel, 1993). Asimismo se están desarrollando con gran intensidad los servicios *on line*: correo electrónico, banco y telecompra. Aunque no se conocen muy bien los efectos, cabe señalar que incide en la disminución de los desplazamientos y en una concentración cada vez mayor de las actividades en torno a tres polos básicos: trabajo, hogar y lugares de ocio y esparcimiento. Todo ello incrementa el *zoning* funcional de tiempo y espacio de tal modo que el espacio público se reducirá al espacio de ocio. La tecnología favorece la desintegración de las culturas urbanas, que se caracterizaban por una heterogeneidad de usos del suelo. Tal vez el mayor impacto está en convertir los hogares en receptores de información planetaria y en refugios personales de consumo selectivo de imágenes y sonidos. Ello lleva a la disociación del hogar del barrio y de la ciudad, lo que favorece la insolidaridad y la bunkerización en los hogares. La tecnología de este modo refuerza las tendencias sociodemográficas de la sociedad urbana: aumento creciente del número de hogares unipersonales (30 por 100 en Estados Unidos, casi el 20 por 100 en Madrid).

Las nuevas tecnologías al mismo tiempo que favorecen el aislamiento de las personas y convierten el espacio de los lugares en un espacio de flujos, acentúan el valor de los espacios singulares que se privatizan en beneficios de los intereses minoritarios y en detrimento del consumo colectivo o derecho a la ciudad. Es decir, en la ciudad postmoderna convive un paisaje urbano cada vez más monótono e indiferenciado, incapaz de suscitar sorpresa, con espacios singulares, altamente valorados para uso y disfrute de los controladores de los flujos de información, motores del desarrollo económico actual.

4. REESTRUCTURACIÓN DE LAS CIUDADES

Los procesos descritos anteriormente tienen claras manifestaciones en las ciudades metropolitanas. Entre los cambios recientes más espectaculares cabe destacar el cierre de las fábricas vinculadas con las ramas maduras y con una mano de obra fuertemente sindicada. Las razones son varias: competitividad con el Japón y los países industriales nuevos, así como el desarrollo de una economía especulativa (economía de casino) en detrimento del tejido productivo; no se puede olvidar también el deseo del capital industrial de renegociar a la baja los logros ganados por los trabajadores industriales en la etapa fordista.

En 1991 los salarios reales industriales en Estados Unidos son inferiores a los del principio de la década de los años setenta. Se calcula que el salario medio de los servicios personales no cualificados es tres veces inferior al del trabajador del automóvil o del acero de la década de los años setenta. Todo ello produce un incremento de la desigualdad. En las ciudades fordistas con alta proporción de empleos industriales conocían bajos niveles de desigualdad. El declive del modelo fordista y el aumento de los empleos en precario incrementaron considerablemente la desigualdad.

Al mismo tiempo que se produce el cierre de estas fábricas se abren otras nuevas que pasan mucho más desapercibidas en los estudios geográficos. Se trata de los llamados *sweatshops*, es decir, talleres en precario que recuerdan las descripciones del XIX de Zola y Dickens. Estos talleres ocupan mano de obra inmigrante ilegal que, en el caso de los Estados Unidos, su origen está en América Latina y Asia. Estas industrias no deben considerarse como actividades de supervivencia, sino que se insertan dentro del sistema formal, ya que las empresas requieren tener talleres próximos para probar los prototipos; asimismo esta producción está muchas veces vinculada por subcontratación con las empresas multinacionales (textiles, ordenadores, calzado, vestido) (Sassen, 1989); por otra parte, la nueva economía ha reducido sustancialmente el número de personas en los escalones medios de remuneración y aumentado la nómina de trabajadores en precario que sólo pueden acceder al consumo de bienes de escaso precio producido por estos talleres. Finalmente, en la ciudad *gentrificada* existe una clientela considerable que demanda cada vez más productos de encargo, personalizados que solamente estos talleres pueden suministrar (trabajo de la madera, artesanía, decoración personalizada de la vivienda, etc.).

Una de las características de la nueva economía asociada con las nuevas tecnologías es hacer compatible la dispersión productiva al máximo con una concentración en espacios reducidos de las actividades de coordinación, acceso a los capitales y a la investigación aplicada. Este fenómeno hace que algunas ciudades han sabido atraer estas actividades, clave del desarrollo económico y como respuesta han generado un espacio *ad hoc*. Ello se manifiesta en la construcción de millones de metros cuadrados para oficinas que albergan al terciario superior y a las actividades complementarias, con una tendencia clara a la privatización de los espacios de ocio. Ello produce una fuerte terciarización de la ciudad central, a través de la renovación urbana, con el consiguiente desplazamiento de sus ocupantes y la revalorización de espacios, a veces muy degradados, a través del proceso de *gentrification*, presente en todas las ciudades dinámicas.

Al mismo tiempo que se manifiestan estos procesos aparece un creciente deterioro de los barrios del centro de las ciudades lo que dificulta cada vez más la realización de las funciones de este espacio que siguen siendo esenciales para el desarrollo económico y social del conjunto de las áreas metropoli-

tan. El deterioro del centro se produce como consecuencia del desarrollo desmedido de los suburbios residenciales de baja densidad que en los últimos años no sólo atraen a residentes, sino también a actividades terciarias e industriales.

En las áreas metropolitanas es donde mejor se constata cómo los procesos productores del sueño americano (vivienda unifamiliar exenta, dos coches, garaje, jardín) los que contribuyen al declive del centro de las ciudades, concentrándose en estos espacios una población cada vez más incapaz de adquirir destrezas, valores y pautas de comportamiento adaptables a las nuevas demandas de una sociedad muy abierta y de una economía cada vez más competitiva. En el año 1990 las áreas metropolitanas más pobladas contaban con minorías (negros, hispanos, asiáticos) superiores al 50 por 100 de su población total. Estas minorías forman los grupos hegemónicos de barrios en declive como en Filadelfia, Detroit, Chicago, o dinámicos con fuerte presencia de inmigrantes hispanos y asiáticos (Los Ángeles, San Francisco). Todos ellos presentan grandes problemas como inseguridad, alta tasa de delincuencia, consumo de drogas, familias destrozadas, etc. De tal manera que en algunos de estos barrios más del 50 por 100 de la población entre catorce-veinticuatro años están en la cárcel o tienen problemas con la justicia. En 1990, el 20 por 100 de los jóvenes norteamericanos vivían en familias con rentas por debajo del límite de la pobreza, pero en los barrios centrales de la ciudad suponía un valor del 30 por 100, con el agravante de que el 60 por 100 vivían en núcleos familiares monoparentales en los que en el 90 por 100 de estos casos el cabeza de familia era una mujer. El empobrecimiento de los niños se incrementa también en los suburbios más deteriorados. Y así el Informe de la Universidad de Tufts (1994) indica que el porcentaje de niños que viven en familias por debajo del límite de la pobreza (14.335 dólares para una familia de cuatro miembros), subió del 7,8 por 100 en 1973, al 13,8 por 100 en 1992, debido al deterioro de los salarios y al movimiento de las familias del centro en busca de espacios más seguros, mejores escuelas y oportunidades de trabajo.

En suma, la combinación de segregación, pobreza y etnia produce un elevado fracaso escolar y una mano de obra incompatible con una economía abierta y altamente competitiva. De este modo, en los barrios centrales de las ciudades metropolitanas y en los suburbios más deteriorados se está concentrando una población disfuncional que compromete el bienestar general del país y parece dudoso que a medio plazo se pueda desarrollar adecuadamente el potencial social, económico e intelectual, si una cuarta parte de sus jóvenes se desarrollan en las malas condiciones que prevalecen en el centro de las ciudades (Downs, 1994, pp.60-94).

Existe asimismo una tendencia a la reconcentración de empresas en los suburbios buscando una mano de obra cualificada y un ambiente apropiado. Y así aparecen parques de oficinas, centros comerciales e industrias, origi-

nando un suburbio autónomo, denominado con diferentes nombres según los autores: Edge City, Technosuburb, Postsuburbia o Expolis, es decir, amorfos aglomeraciones de polígonos industriales, centros de servicios financieros, parques de oficinas, urbanizaciones residenciales muy heterogéneas junto con gigantescos *shopping malls* y centros de ocio. Es decir, suburbios muy distintos del suburbio dependiente de los años posteriores a la II Guerra Mundial (Levittwons). Ello determina un descenso de oportunidades de empleo para la población marginal que vive en el centro. Conforme la economía se terciariza y la estructura ocupacional se bifurca, las posibilidades de promoción para los residentes del centro, de escasa cualificación, se hacen mínimas. Y así se abre un ciclo de empeoramiento económico y de los equipamientos colectivos, especialmente los educativos, para esta población, lo que conduce al pauperismo creciente con manifestaciones notables en la escena del centro de las ciudades. Baste recordar que en los Estados Unidos en 1991 se cifran en dos millones de personas los residentes en las ciudades que carecen de vivienda (los *homeless*).

Por último, cuando se cumplen las condiciones necesarias anteriormente descritas, se generan espacios de nuevas tecnologías, cuyo paradigma lo constituye el Silicon Valley, en los que aparece también una clara segregación social entre una mano de obra altamente cualificada que se apoya en una legión de trabajadores de escasa cualificación que proporcionan servicios personales y que viven en condiciones laborales y de vida muy precarias.

En las ciudades globales es posible diferenciar cuatro espacios socioeconómicos nítidos:

- La *sunbelt city*, con industrias innovadoras en altas tecnologías.
- La ciudad central, con fuerte concentración del terciario decisonal y productivo.
- La ciudad del óxido (*Rustbelt city*), de industria pesada en declive.
- La ciudad tercermundistas de los *sweatshops* y de comunidades tribalizadas de inmigrantes o trabajadores en precario e infraclases.

Algunos autores intentan describir la situación de estas ciudades aplicándoles el calificativo de ciudades duales; sin embargo, la teoría de la ciudad dual reduce las subculturas existentes en estos ámbitos metropolitanos a una simple y reduccionista dicotomía, ya que el carácter dual de la ciudad sólo capta las manifestaciones más agudas del conflicto social como consecuencia de la tendencia creciente a la bifurcación de la estructura del empleo. Es evidente que el crecimiento del PIB y su fuerte concentración en las áreas metropolitanas fue paralelo al incremento de la población excluida del trabajo y de la vivienda formales por las divergencias existentes entre las necesidades del capital y la naturaleza de la fuerza del trabajo. En efecto, las actividades industriales y de los servicios productivos son cada vez más intensivas en capital y exigen un número reducido de trabajadores cualificados, en tanto que

la mayoría de la población carece de cualificación, es decir, es una población redundante en términos económicos (acentuado además con el fracaso del sistema educativo y la falta de cohesión familiar en muchos países). Aparece así un ejército de reserva excesiva disfuncional al sistema.

Una visión dicotómica de la estratificación social es engañosa en la mayor parte de las ciudades metropolitanas, puesto que ignora la complejidad y heterogeneidad de los grupos sociales implicados. De tal modo que estas ciudades son cada vez más duales y plurales. Aceptar el dualismo es admitir el prejuicio de las clases medias que no perciben las diferencias entre los distintos grupos étnicos o culturales que residen en la ciudad. Existe toda una estrategia en los medios de comunicación de imponer la lógica de la ciudad dual sobre una ciudad culturalmente plural. Mientras la gente vive en lugares, el poder que controla los flujos lo hace desde nodos privilegiados: centros de negocios, urbanizaciones exclusivas o barrios gentrificados. Estos espacios de privilegio se relacionan y conectan con espacios semejantes en todo el mundo, de un modo material: transportes y telecomunicaciones y de un modo simbólico: patrones de consumo, diseño y estilos arquitectónicos similares. Los espacios de las sociedades locales son por el contrario específicos, traducen esta especificidad de corto alcance en una cultura, historia y formas de organización concretas. De este modo se forma una clase social *internacional-informacional* y una clase *subordinada, fragmentada, desorganizada y aislada* (Mollenkopf, Castells, 1991).

En conclusión, las ciudades metropolitanas dinámicas en los países centrales tienden a ser tecnológicamente informacionales, económicamente globales y socialmente duales: un grupo poderoso que controla el espacio de flujos desde nichos ecológicos privilegiados y otro mayoritario, muy fragmentado, localista y tribalizado con escasas oportunidades de promoción social.

El reto al nos hemos de enfrentar como ciudadanos y científicos es el conseguir articular el espacio de flujos y el de lugares, es decir articular la fruición con la experiencia, el poder con la cultura para que los lugares, los espacios vividos no se vean borrados o aplastados por el espacio de flujos incontrolados por la mayoría de los ciudadanos.

BIBLIOGRAFÍA

- CASTELLS, M. (1972): *La cuestión urbana*, Madrid, Ed. Siglo XXI.
— (1983): *The City and the Grassroots*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.
— (1989): *The Informational City*. Oxford, Basil, Blackwell.
CASTELLS, M., y MOLLENKOPF, J. H. (1991): *Dual City: Restructuring New York*, New York, Russell Sage Foundation.

- DE MIGUEL, A. (1994): *La sociedad española, 1993-94, Informe sociológico de la Universidad Complutense*, Madrid, Alianza Editorial.
- DOWNS, A. (1994): *New Visions for Metropolitan America*, Washington, The Brookings Institution.
- FLANAGAN, W. G. (1993): *Contemporary Urban Sociology*, Cambridge, Cambridge University Press.
- GANS, H. (1962): «Urbanism and Suburbanism as Ways of Life: A Reevaluation of Definitions», en ROSE, A. M. (ed.): *Human Behavior and Social Processes: An Interactionist Approach*, pp. 625-648, Boston, Houghton Mifflin.
- (1982): *The Urban Villagers. Updated and Expanded Edition*, New York, Free Press.
- GIDDENS, A. (1981): *A Contemporary Critique of Historical Materialism. Vol. I: Power, Property, and the State*, London, Macamillan Press.
- (1984): *The constitution of Society: Outline of Theory of Structuration*, Cambridge, Polite Press.
- (1985): *The Nation-State and Violence. Vol. 2: A Contemporary Critique of Historical Materialism*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.
- (1989): «A Reply to My Critics», en HELD, D., y THOMPSON, J. B. (eds.), *Social Theory Modern Societies: Anthony Giddens and The Critics*, pp. 249-310, Cambridge, Cambridge University Press.
- GOTTDIENER, M. (1985): *The Social Production of Urban Space*, Austin, University of Texas Press.
- HALL, P., y PRESTON, P. (1990): *La ola portadora. Nuevas tecnologías de la información geográfica de las innovaciones, 1846-2003*, Madrid, Fundesco.
- O'BRIEN, R (1992): *Global Financial Integration: The End of Geography*, London, Royal Institute of International Affairs.
- MUMFORD, L (1961): *The City in History: Its Origins, its Transformations, and its Prospects*, London, Secker & Warbung.
- SANTOS, M. (1988): «Reflexions sur le rôle de la géographie dans le période technico-scientifique», *Cahiers de Géographie du Québec*, núm. 32, pp. 313-319.
- (1990): *Por una geografía nueva*, Madrid, Espasa Calpe.
- (1992): *A redescoberta da Natureza*, Universidade de Sao Pulo. Aula Inaugural da Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas.
- (1994): *Técnica, Espaço, Tempo. Globalização e Meio Técnico-Científico Informacional*, Sao Paulo, Hucitec.
- SASSEN, S. (1989): *The Mobility of Labor and Capital*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1991): *The Global City. New York, London, Tokio*, New Jersey, Princeton University Press.
- SAXENIAN, A. L. (1984): *Silicon Valley and Route 128*, Santa Cruz, University of California.
- WALKER, P., y STORPER, M. (1984): «The Spatial Division of Labor: Labor and Location of Industry», en L. SAWERSY W. TABB (eds.), *Sunbelt/Snowbelt, Urban Development and Regional Restructuring*, Nueva York, Oxford University Press.
- WIRTH, L. (1938): «Urbanism as a Way of Life», *American Journal of Sociology*, núm. 4, pp. 1-24.